

# *De historia y política: Ricardo de la Cierva y la historiografía franquista*

Pedro Carlos González Cuevas

UNED

Fecha de aceptación definitiva: 14 de julio de 2018

**Resumen:** A partir de los años sesenta del pasado siglo, tuvo lugar en España una auténtica revolución historiográfica a nivel metodológico y temático. En ese proceso, hay que tener igualmente en cuenta la influencia de los hispanistas, particularmente británicos, franceses y norteamericanos. La obra de los nuevos historiadores cuestionaba ampliamente la narración oficial del régimen de Franco en torno a la historia de España y, sobre todo, de la guerra civil. La producción historiográfica de Ricardo de la Cierva y de Hoces (1926-2015) fue una reacción a dicho proceso y tuvo como objetivo la renovación y defensa de los fundamentos de la interpretación franquista de la historia contemporánea de España.

*Palabras clave:* España, historia, franquismo, conservadurismo.

**Abstract:** From the sixties of the last century, and authentic historiographical revolution took place in Spain at methodological and thematic level. In this process must also take into account the influence of Hispanist, particularly British, French and North Americans. The work of the news historians widely questioned the oficial narration of the Franco regime around the history of Spain, above all of the civil war. The historiogrphical production of Ricardo de la Cierva y de Hoces (1926-2015) was a reaction to this process and hod as its objctive the renovation and defense of the foundatons of the Francoist interpretation of Spain centemporary history.

*Key words:* Spain, history, franquism, conservatism.

### *La revolución historiográfica española de los años 60*

Como señala Jaume Aurell, el objetivo principal de la historiografía es “el análisis de las tendencias intelectuales que generan un modo concreto de concebir la historia, de leer el libro de la memoria, de concebir el presente y de proyectar el futuro en función de la lectura que se realiza del pasado”. “Para ello, una labor capital del historiógrafo es captar el contexto cultural e intelectual en el que los historiadores se hallan inmersos, sus condicionamientos geográficos, su ámbito familiar, su formación escolar y académica, sus amistades, sus relaciones profesionales, sus preferencias temáticas”<sup>1</sup>. A ello habría que añadir su respuesta a las “rupturas de contexto”<sup>2</sup> experimentadas a lo largo de su trayectoria profesional y vital. Este enfoque resulta especialmente pertinente para el análisis de la obra de Ricardo de la Cierva, presentado como arquetipo del historiador afín al régimen nacido de la guerra civil. Su trayectoria vital e intelectual es inseparable de un contexto de profundos cambios políticos, sociales y culturales.

Bajo la égida de los llamados tecnócratas, la sociedad española experimentó transformaciones cualitativas en sus estructuras sociales y económicas, y se perfiló un período fundamental en la evolución del sistema capitalista español<sup>3</sup>. La modernización económica y social no se limitó a esos cambios, sino que acabó por abrir las puertas a la secularización cultural, deslegitimando progresivamente la tradición católica, fundamento de lo que se consideraba entonces de la identidad nacional. A ello se unieron las repercusiones del Concilio Vaticano II, que fueron igualmente determinantes<sup>4</sup>.

La historiografía no fue en modo alguno inmune a este nuevo contexto. Como señaló José María Jover, los años sesenta fueron los años de la “expansión de la historia”<sup>5</sup>. De hecho, es, en ese momento, cuando podemos hacer referencia a la construcción y consolidación de un auténtico *campo* historiográfico en la sociedad española<sup>6</sup>. Se produjo un claro retorno de la historiografía de carácter liberal, cuyos máximos representantes fueron Miguel Artola, José María Jover o Carlos Seco Serrano<sup>7</sup>. No obstante, existieron intentos de restauración de la perspectiva

<sup>1</sup> AURELL, J.: *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, PUV, 2017, p. 20.

<sup>2</sup> BOUREAU, A.: *Kantorowicz. Histoires d'un historien*, París, Les Belles Lettres, 2018, p. 9.

<sup>3</sup> TORTELLA, G.: *El desarrollo de la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1994.

<sup>4</sup> GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O.: *La teología en España (1959-2009)*, Madrid, Encuentro, 2010, pp. 52-53 y ss.

<sup>5</sup> JOVER, J. M.: “El siglo XIX en la historiografía contemporánea (1939-1974)”, en *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-151.

<sup>6</sup> Sobre la noción de *campo*, véase BOURDIEU, P.: *Meditaciones pascalianas*. Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 23 y ss.

<sup>7</sup> Véase CUENCA TORIBIO, J. M.: “La historiografía sobre la edad contemporánea”, en *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 1999, pp. 208 y ss. DÍAZ HERNÁNDEZ, O.: *Rafael Calvo Serer*

menéndezpelayista, cuyo principal impulsor fue el sacerdote Federico Suárez Verdeguer, pero fracasaron<sup>8</sup>. En aquel nuevo contexto, adquirió un gran auge la historiografía de carácter socioeconómico, que arrancaba, sobre todo, de la obra de Jaime Vicens Vives. Su gran proyecto fue la *Historia social y económica de España y América*<sup>9</sup>. Igualmente, en esos momentos, va consolidándose en la sociedad española una cultura de carácter marxista digna de tenerse en cuenta. Desde el exilio francés, destacó la obra y la influencia del historiador Manuel Tuñón de Lara, un marxista muy influido por Pierre Vilar y por el sector de la escuela de los *Annales* más próximo al materialismo histórico<sup>10</sup>. Tuñón de Lara publicó, primero en Francia una serie de libros de historia, *La España del siglo XIX*, *La España del siglo XX*, *El movimiento obrero en la historia de España*, *Medio siglo de cultura española*, que tuvieron, cuando pudieron leerse en España, un indudable impacto entre los estudiantes y público culto en general. La labor del historiador madrileño adquirió un mayor relieve no solo historiográfico, sino político y social a través de las reuniones de historiadores celebradas por primavera en la Universidad de Pau.

En el proceso de articulación del campo historiográfico español, tuvo igualmente una singular importancia la influencia del hispanismo británico y norteamericano. En el primer caso, adquiere una especial relevancia la figura de Raymond Carr<sup>11</sup>, profesor en la Universidad de Oxford y autor de la influyente monografía *España, 1808-1939*, un análisis de la historia contemporánea española desde una óptica liberal<sup>12</sup>. Carr tuvo como discípulos a jóvenes historiadores como José Varela Ortega, Joaquín Romero Maura y Juan Pablo Fusi<sup>13</sup>. Tampoco iba a ser desdeñable la influencia del hispanismo norteamericano. El milagro económico español de los años 60 y el boom turístico que lo acompañó, atrajeron el interés de los historiadores norteamericanos, como Richard Herr, Edward Malefakis, Gabriel Jackson, Burnett Bolloten, Joan Connely Ullman y Stanley G. Payne<sup>14</sup>.

---

y el grupo Arbor, Valencia, PUV, 2010. Véase también RUÍZ FRANCO, R. (ed.): *Pensar el pasado. José María Jover Zamora y la historiografía española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.

<sup>8</sup> JOVER ZAMORA, J. M.: “El siglo XIX en la historiografía contemporánea (1939-1972)”, en *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 20 y ss. VV.AA: *Estudios de historia moderna y contemporánea. Homenaje a Federico Suárez Verdeguer*, Madrid, Rialp, 1991. CUENCA TORIBIO, J. M.: “La historiografía sobre la edad contemporánea”, en *Historia de historiografía española*, Madrid, Encuentro, 1999, pp. 205 y ss.

<sup>9</sup> MUÑOZ I LLORET, J. M.: *Jaume Vicens Vives, Una biografía intelectual*, Barcelona, Edicions 62, 1996.

<sup>10</sup> TUÑÓN DE LARA, M.: *Metodología de la historia social de España*, Madrid, Siglo XXI, 1973, pp. 67 y ss.

<sup>11</sup> Véase GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, M. J.: *Raymond Carr. La curiosidad del zorro. Una biografía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

<sup>12</sup> CARR, R.: *España, 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1968.

<sup>13</sup> GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Raymond Carr. La curiosidad del zorro...*, pp. 404 y ss.

<sup>14</sup> BOYD, C.: “El hispanismo norteamericano y la historiografía contemporánea de España en la dictadura franquista” en *Historia Contemporánea* nº 29 (2004), pp. 103-115. GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: “Stanley Payne y la historia de España” en *Alcores* nº 19 (2015), pp. 231-254.

Por su parte, la editorial antifranquista *Ruedo Ibérico*, fundada y regentada por el libertario José Martínez, publicaba en Francia una serie de libros que desafiaban la ortodoxia del régimen. *El mito de la Cruzada de Franco y Antifalange*, de Herbert R. Southworth; *El laberinto español*, de Gerald Brenan; *La guerra civil española*, de Hugh Thomas; *Falange. Historia del fascismo español y Los militares y la política en la España contemporánea*, de Stanley G. Payne<sup>15</sup>.

Ante tal desafío, sobre todo en el ámbito de la interpretación de la II República y de la guerra civil, el Ministerio de Información y Turismo, bajo la dirección de Manuel Fraga, creó la Sección de Estudios sobre la Guerra de España, cuyo máximos representantes fueron Ricardo de la Cierva y Hoces, Vicente Palacio Atard<sup>16</sup>, Ramón Salas Larrazabal y José Manuel Martínez Bande. La Sección tuvo como órgano de difusión los *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra España*<sup>17</sup>. El más influyente y carismático de estos historiadores fue, sin duda, Ricardo de la Cierva.

### *Ricardo de la Cierva: el hombre, su formación intelectual y sus intentos de un franquismo liberal*

Nacido en Madrid el 9 de noviembre de 1926, Ricardo de la Cierva y de Hoces era nieto de Juan de la Cierva –el célebre ministro de Alfonso XIII– y sobrino del inventor del autogiro. Sus padres fueron Ricardo de la Cierva y Pilar de Hoces Dorticós. El padre era abogado y miembro de la sociedad de pensamiento *Acción Española*. De ahí que el joven Ricardo tuviera ocasión de ver en su propio domicilio a Ramiro de Maeztu y a José Antonio Primo de Rivera. Uno de sus primeros recuerdos fue el de su abuelo “de uniforme ministerial, entrando indignado en su casa el atardecer del 14 de abril cuando ya las gentes aclamaban a la República en la Puerta del Sol”. Cursó sus estudios primarios en los colegios de El Pilar y de Areneros de Madrid. Tras la proclamación de la II República, la familia salió para Biarritz. Retornó a España, para exiliarse de nuevo, a raíz del 10 de agosto, porque su padre fue encarcelado. Al estallar la guerra civil, la familia buscó refugio en la Legación de Noruega, evadiéndose del Madrid revolucionario. El padre murió asesinado en Paracuellos del Jarama. Su tío Juan en un accidente de aviación mientras realizaba misiones en favor de los sublevados. El abuelo falleció en Madrid en 1938 en la embajada de Noruega. A fines de septiembre de 1936, la familia llegó de nuevo a Biarritz; y retornó a España por Vera del Bidasoa. “La guerra civil me marcó –dirá– para la vida y para la lectura”. Pudo conocer por vez

<sup>15</sup> FORMENT, A.: *José Martínez, la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, 2000, pp. 268-269 y 350. HERNANDO, A.: *Ruedo Ibérico y José Martínez. La imposibilidad feroz de lo posible*, Logroño, 2017.

<sup>16</sup> Véase PALACIOS BAÑUELOS, L., FERNÁNDEZ GARCÍA, A. y ESPADAS BURGOS, M.: *Vicente Palacio Atard, maestro de historiadores*, León, CSED, 2014.

<sup>17</sup> Véase PALACIO ATARD, V. DE LA CIERVA, R. y SALAS LARRÁZABAL, R.: *Aproximación histórica a la guerra española (1936-1939)*, Madrid, Universidad Complutense, 1970.

primera al general Franco en Salamanca, el 10 de marzo de 1937, cuando tenía diez años, formando parte de las milicias de Renovación Española. De hecho, ya en su casa había tenido oportunidad de escuchar voces en su cada “durante la angustia de los meses finales de la República, el nombre de Franco como una especie de invocación”. En San Sebastián, estudió en el colegio de San Ignacio, sintiendo la tentación de ser jesuita, pero sin pasar del noviciado. Por tradición familiar, se consideraba monárquico; y era partidario de un pacto entre Franco y Juan de Borbón. Tuvo oportunidad de conocer al heredero de Alfonso XIII en Villa Giralda en 1954. Sin embargo, siempre se identificó intelectualmente con el falangismo “liberal” de Laín Entralgo y Ridruejo, y no con el neotradicionalismo del grupo *Arbor*, dirigido por Rafael Calvo Serer. Estudió filosofía en Madrid, doctorándose con una tesis sobre Henri Bergson, bajo la dirección de Antonio Millán Puelles. Cursó la carrera de Químicas en las universidades de Madrid y Murcia, donde doctoró en 1957 con una tesis titulada *Intensidades absolutas en infrarrojo de bandas fundamentales en derivados alogenados del metano*<sup>18</sup>. Se graduó en la Escuela Oficial de Periodismo y consiguió el título de Técnico en Información y Turismo. En un primer momento, trabajó como empleado en la empresa de Manufacturas Metálicas Madrileñas. Luego, ingresó en el Cuerpo Técnico de Información y Turismo. Su orientación hacia la historiografía se produjo al ser nombrado, por Manuel Fraga, Jefe de la Sección de Estudios sobre la Guerra de España de ese Ministerio<sup>19</sup>. No deja de ser curioso que nunca se licenciase en Historia. En realidad, fue un amateur. A pesar de su formación filosófica, nunca reflexionó sobre el conocimiento histórico. Sin embargo, inauguró en la sociedad española la figura del historiador mediático y divulgador de la Historia, a través de espacios televisivos y colecciones de fascículos como el dedicado a la biografía de Francisco Franco. Se consideraba discípulo de Tucídides, Jesús Pabón, Raymond Carr, Vicente Palacio Atard y Vicens Vives<sup>20</sup>. La Historia era, a la vez, “ciencia” y “arte”<sup>21</sup>. De Tucídides y su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, decía: “Casi cinco siglos antes de Cristo ya estaba fijado, en ese libro, el canon de la historia científica, que, a mi modo de ver, nunca ha sido modificado. Allí está el conocimiento personal, pero despegado de aquello que se reconstruye; la búsqueda y el análisis de las fuentes, la articulación de los contextos, la síntesis de lo biográfico y lo colectivo, el tratamiento equilibrado de los datos militares, económicos, sociales y culturales”<sup>22</sup>. Consideraba anacrónico el marxismo tras

<sup>18</sup> DE LA CIERVA: *Retratos...*, pp. 33, 88, 90 y ss. CORTÉS CAVANILLAS, J.: “¿Hablamos claro? Ricardo de la Cierva”, *ABC*, 19-VII-1975.

<sup>19</sup> DE LA CIERVA: *Retratos...*, pp. 198 y ss.

<sup>20</sup> DE LA CIERVA: *Retratos...*, pp. 80 y ss. *Cien libros básicos sobre la guerra de España*. Madrid, 1966, pp. 72-73. “Historia y catolicidad de España”, en *Cuadernos de realidades sociales* nº 2 (1973), pp. 33 y ss.

<sup>21</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia básica de la España actual*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 17-18.

<sup>22</sup> DE LA CIERVA, R.: *No nos robarán la Historia*, Madrid, Fénix, 1995, p. 64.

las consecuencias filosóficas y epistemológicas del principio de incertidumbre de Heisenberg. El marxismo era, en aquellos momentos, un lenguaje manipulador, cuya capacidad de análisis histórico era nulo, “vertedero cansado de un ridículo talante propagandístico”<sup>23</sup>. Su estilo era periodístico; su método, positivista, combinado, por lo general, con opiniones muy personales, a menudo intuitivas. En sus obras, aspiraba a “contar lo que pasó”. Sin embargo, rechazaba el principio de objetividad: “Lo que pretendemos no es objetividad, sino juego limpio. Sabemos que la verdad se basa en una combinación de hechos y opiniones y que los dos elementos son inextricables”<sup>24</sup>. En sus obras, las tramas narrativas<sup>25</sup> son múltiples. Como tendremos oportunidad de ver, el historiador madrileño utiliza en unas el romance; y en otras, la comedia, la tragedia o la sátira.

De la Cierva se dio a conocer con *Los documentos de la Primavera trágica y Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes*<sup>26</sup>. Esta última fue muy criticada por el polemista norteamericano Herbert R. Southworth, para quien esta obra no solo era metodológicamente muy defectuosa, sino que, en el fondo, sus objetivos eran de mera “propaganda” del régimen español y de legitimación de la nueva escuela “neofranquista”. Calificaba a De la Cierva como un “bibliófobo”<sup>27</sup>. Desde entonces, la enemistad entre ambos fue radical. Para De la Cierva, el norteamericano era un “botarate de la historia, vendedor de bibliotecas que fichaba pero leía superficialmente sus libros”, “repugnante e ignorante”<sup>28</sup>.

En esta etapa de su trayectoria vital, Ricardo de la Cierva ejerció la función de *Guardián de la Historia*<sup>29</sup>. Como Jefe de la Sección de Estudios sobre la Guerra de España, director de Editora Nacional y director general de Cultura Popular, ejerció la censura y su influencia a la hora de facilitar o bloquear, por ejemplo, el acceso a los fondos de los archivos públicos. En sus comentarios críticos, rechazó *El laberinto español*, de Gerald Brenan, al que calificó de “concienzudo amateur” y “romántico impenitente”. Alababa a Joaquín Arrarás, pero criticaba su antirrepublicanismo, su “óptica reductora sobre indudables aspectos positivos

<sup>23</sup> “Seis dimensiones del marxismo”, *ABC*, 1-V-1973.

<sup>24</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia de la guerra civil española. Tomo Primero. Perspectivas y antecedentes, 1898-1936*, Madrid, San Martín, 1969, p. XV.

<sup>25</sup> WHITE, H.: *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992, pp. 14 y ss.

<sup>26</sup> DE LA CIERVA R.: *Los documentos de la Primavera trágica*, Madrid, 1967. *Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes*, Barcelona-Madrid, 1968.

<sup>27</sup> “Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores”, en *Cuadernos de Ruedo Ibérico* nº 28-29 (diciembre de 1970 y marzo de 1971). SOUTHWORTH, H. R.: *El mito de la Cruzada de Franco*, Barcelona, Debolsillo, 2008, pp. 545-585.

<sup>28</sup> DE LA CIERVA: *Retratos...*, pp. 110 y 165.

<sup>29</sup> Sobre este concepto, véase GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: “Los Guardianes de la Historia, presencia, persistencia y retorno”, en G. Gortázar (ed.), *Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los Guardianes Parciales de la Historia*, Madrid, Unión Editorial, 2017, pp. 143 y ss.

de aquel Régimen que para muchos españoles fue la gran esperanza de la historia contemporánea”. Elogiaba a Manuel Azaña y su “talante literario-político”. Acusaba a Salvador de Madariaga de “oportunista indiferencia”. Ramos Oliveira no pasaba de ser un “periodista de la Historia”. Hugh Thomas la parecía prorrepublicano y su *Historia de la guerra civil*, “un hilvanado periodístico de historias inconexas”. Stanley Payne era un “discípulo de Tucídides”; y su obra sobre Falange “una espléndida y difícil aproximación histórica, que estimamos aceptable y lógica, aun cuando no faltan en ella desenfoces y defectos, en perspectiva y detalle”. Southworth le parecía “un propagandista y un destructor de propaganda, no un historiador”<sup>30</sup>. No menos crítico se mostraba con Ignacio Fernández de Castro, cuyo libro *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo* calificaba de “obra de humor negro”<sup>31</sup>. Tampoco se mostró afín a los postulados tradicionalistas de la Escuela de Navarra, cuyos intentos de reivindicar a Fernando VII juzgaba infructuosos<sup>32</sup>. De Tuñón de Lara destacaba su “insuficiente asimilación de la historia económica en una perspectiva general”, a lo que se unía “una deficiencia de información monográfica incluso en períodos que ya están aceptablemente cubiertos por ella”. Lo consideraba el historiador “quizá oficioso de la izquierda hispana”<sup>33</sup>. No obstante, destacó, en alguna ocasión, su “sentido del diálogo profundo”<sup>34</sup>.

Para la elaboración de su libro más innovador, *Historia de la guerra civil española. Perspectivas y antecedentes*, De la Cierva tuvo acceso a los manuscritos existentes en el Servicio Histórico Militar, en los Servicios de Documentación de Salamanca y en la Sección de Estudios sobre la Guerra de España del Ministerio de Información y Turismo. Significativamente, iba precedida de una larga cita del discurso de Manuel Azaña pronunciado en Valencia el 18 de julio de 1938: “Paz, Piedad y Perdón”. Su trama narrativa es de claro sesgo trágico. La sociedad española aparece, en el fondo, como un personaje que se conduce a su hundimiento. De la Cierva nos viene a decir que, gracias a los horrores presentados, el lector puede comprender lo concreto de la dureza de la realidad, para poder enfrentarse a ella de manera más inteligente en el futuro. Para De la Cierva, la contienda fue “exclusivamente un asunto español”; y negaba que hubiese sido fruto de la lucha de clases. En su opinión, la contienda había sido “la culminación y degeneración de un proceso interno o, lo que es lo mismo, que sus causas y su gestación se encuentran muy atrás”. El autor lo remontaba a la crisis del 98. El pueblo español era, por entonces, “inculto” y “pobre”. Las diferencias de clase eran “explosivas”.

<sup>30</sup> DE LA CIERVA, R.: *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, Madrid, Editora Nacional, 1966, pp. 83, 95, 96, 106, 108, 41 y ss.

<sup>31</sup> DE LA CIERVA, R.: *La historia perdida del socialismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1972, p. 284.

<sup>32</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia básica de la España actual*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 17.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 529 y ss.

<sup>34</sup> DE LA CIERVA, R.: *La cuarta apertura*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1976, p. 126.

La Iglesia católica se había convertido en un “actor negativo”. Atribuía al tándem Maura-Cierva los intentos renovadores de 1907-1909. Calificaba a los nacionalismos periféricos de “mininacionalismos”. El Ejército se encontraba hipertrofiado en sus jerarquías. De la Cierva veía en la huelga general revolucionaria de 1917 “una revolución fracasada”, que luego “tendrá que abrirse paso por imprevisibles senderos”, “el primero de los ensayos generales para 1936”. El retrato de Miguel Primo de Rivera era más bien favorable, “un patriotismo sincerísimo, sentado en el alma y en el cuerpo”. No obstante, su régimen político era juzgado con severidad, denunciando su “convicción mesiánica”. El Dictador fracasó “como organizador político”. A la hora de analizar la caída de la Monarquía sigue a su abuelo Juan de la Cierva. El 14 de abril Alfonso XIII y los monárquicos ofrecieron una “insegura aceptación de la tesis de sus enemigos”. La II República fue una “fórmula imposible”, porque “cada grupo quería utilizar a la República no para algo, sino preferentemente contra algo”. Por eso, el nuevo régimen “quiso hacerlo todo a la vez, mientras trataba también de destruirlo todo”. Las dos figuras que parecían atraer más a De la Cierva eran Manuel Azaña, “personaje interesantísimo y fuera de serie de la Historia Contemporánea española”; y José María Gil Robles, cuya interpretación de los hechos, sustentada en *No fue posible la paz*, aceptaba en lo esencial. Respecto a la evolución de la conciencia de la clase obrera y su organización, tomaba nota del fracaso social del catolicismo. Hacia 1933, los socialistas evolucionaron claramente hacia el bolchevismo. Octubre de 1934 es el “antecedente esencial y determinante de la guerra civil”. De la Cierva hace historia crítica de Falange, que considera la manifestación española del fascismo europeo; y estima que su influencia en la sociedad española fue mínima. En 1936, no creía que sus militantes pasaran de 25.000. Hacía referencia igualmente al “vértigo fascista” experimentado por las derechas españolas, en particular la CEDA y los monárquicos alfonsinos, con la excepción del carlismo y del diario *ABC*. Los auténticos promotores del alzamiento fueron los militares y su líder Emilio Mola<sup>35</sup>.

Esta fue, sin duda, la obra más innovadora y ambiciosa de Ricardo de la Cierva. En otras, tendió claramente a la vulgarización, como fue el caso de *La historia perdida del socialismo español*. Su trama coincidía con un momento en que ciertos sectores afincados en el régimen solían hacer declaraciones a favor de un vago socialismo nacional integrador o “humanista”. No en vano De la Cierva hizo mención, un tanto irónicamente, a “los socialistados”, en paralelo a los “fascistizados” durante la II República. En su perspectiva, sigue dominando la trama narrativa de carácter trágico, porque el fracaso del socialismo español, como alternativa de-

<sup>35</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia de la guerra civil española. Tomo I. Perspectivas y antecedentes (1898-1936)*, Madrid, San Martín, 1969. Véase también “Los factores desencadenantes de la guerra civil española”, en *Aproximación histórica a la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Madrid, Universidad Complutense, 1970, pp. 57-91.

mocrática, fue una de las claves del estallido de la guerra civil. En cualquier caso, el autor estimaba que la historia del socialismo español era una “historia perdida”, dado que no había interesado a historiadores extranjeros, ni había contado en España con historiadores solventes. Sin embargo, consideraba que se trataba de “un trozo de la historia de España contemporánea y ninguna gran empresa de los hombres de España puede sernos indiferentes a los demás”. En los orígenes del socialismo, destacaba la labor de los tipógrafos como “una especie de aristocracia que gustaba denominar a su oficio el noble arte de imprimir”. En ese sentido, Pablo Iglesias encarnaba un nuevo perfil de “santo laico”, partidario de la II Internacional frente a los anarquistas. Una de las principales características del socialismo español fue su enemiga hacia los intelectuales. Y es que Pablo Iglesias eran un “hombre tan honesto como poco flexible”. En consecuencia, el PSOE solo cultivó “un marxismo vergonzante”. Ni Pablo Iglesias, ni Francisco Largo Caballero o Indalecio Prieto leyeron a Marx. Y Julián Besteiro fue incapaz de ejercer una labor divulgativa. El socialismo español destacó, en cambio, por su eficacia en la gestión municipal. Su alianza con los republicanos en 1909 consiguió un objetivo fundamental: la caída de Antonio Maura. Los sucesores de Pablo Iglesias se caracterizaron por su “doctrinarismo” en el caso de Julián Besteiro; por el “oportunismo nada intelectual” de Francisco Largo Caballero; y por el “centrismo” de Indalecio Prieto, “un buen burgués socialdemócrata”. La trayectoria de Largo Caballero fue la de un oportunista, como lo demostró su colaboración con la Dictadura de Primo de Rivera y luego su adhesión a la República. Los socialistas identificaron República con Revolución. Sin embargo, De la Cierva valoró positivamente su labor en los primeros gobiernos republicanos. Tan solo censuraba el anticlericalismo de Fernando de los Ríos en Justicia y Educación. Largo Caballero desarrolló una política social “sin duda progresiva, pero no puede tacharse de irresponsable, ni menos de revolucionaria”. De “brillante” califica la gestión de Prieto en Obras Públicas y Hacienda. Sin embargo, la reacción negativa vino de la base socialista sindicalista y rural, como se demostró en Castilblanco y Arnedo; y en las huelgas del Sindicato Minero Asturiano en 1933. A partir de ahí, Largo Caballero intentó situarse “a la izquierda” mediante el recurso a la “demagogia revolucionaria”. Todo ello en el contexto de la crisis de la democracia centroeuropea. La revolución de octubre de 1934 aparece de nuevo como “la purificación por el fuego”. Era el preludio de la guerra civil. Lo demostraba la conversión de Santiago Carrillo y de las Juventudes Socialistas a la estrategia revolucionaria. Fue igualmente la “gran hora” del PCE. El Frente Popular solo pudo fraguarse, como consecuencia de la presión de Largo Caballero, mediante la inclusión en sus listas de los comunistas y de otros partidos de extrema izquierda. Sin embargo, las contradicciones entre los diversos sectores socialistas hicieron inviable el gobierno del Frente Popular, tras su victoria en febrero de 1936. El historiador madrileño estima que, tras el estallido de la guerra civil, existía un “doble poder” en la España republicana. El

PSOE iba siendo hegemonizado paulatinamente por el PCE. El gran proyecto estalinista para España era “la fusión absoluta” de los partidos socialista y comunista. No obstante, estimaba que Largo Caballero pretendió garantizar la independencia nacional. Tras su caída en 1937, el período presidido por Negrín era “un capítulo de la historia del comunismo español y del comunismo soviético en la guerra de España”. En consecuencia, exaltaba la actuación de Besteiro en apoyo al coronel Casado. La desaparición de Besteiro coincide con “el final de la historia pública del socialismo español”, que, a partir de entonces, será “la de un destierro y, tal vez (sic), la de una clandestinidad”<sup>36</sup>.

En *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales* se esforzó en desmitificar la trayectoria de los voluntarios izquierdistas en la guerra civil. En ese sentido, destacaba su obediencia y militancia comunista y su condición de “hijos de la crisis, del hambre y de la persecución”<sup>37</sup>. Con gran escándalo de su enemigo Herbert Southworth y de José Martínez, el promotor de la editorial *Ruedo Ibérico*, De la Cierva consiguió un gran éxito a nivel internacional, al verse reconocido por el influyente Raymond Carr, quien le invitó, junto al embajador Manuel Fraga, a una cena en St. Antony’s con los jóvenes investigadores Juan Pablo Fusi, José Varela Ortega y Shlomo Ben Ami. Carr tenía una buena relación con el establishment político español, sobre todo con los generales Martínez Campos y Díez Alegría<sup>38</sup>. De la Cierva colaboró en el libro coordinado por Carr, *Estudios sobre la República y la Guerra Civil española*, al lado de Edward Malefakis, Richard Robinson, Stanley G. Payne, Burnett Bolloten, Ramón Salas Larrazábal, Robert H. Whealy y Hugh Thomas. El madrileño trató el tema de “El Ejército nacionalista durante la guerra civil”. En el texto, insistía en el carácter “popular” del Ejército nacional: unos quinientos mil hombres. De la misma forma, señalaba que el alzamiento no se hizo contra el régimen republicano, sino contra el Frente Popular. A su entender, la aceptación del liderazgo de Franco y la unificación tanto política como espiritual fueron vitales para el triunfo final del bando nacional. Señalaba que la represión se atenuó cuando Franco asumió el mando único, en ese momento “el derecho de vida y muerte sobre los presuntos enemigos tendría que someterse al supremo arbitraje del cuartel general”<sup>39</sup>.

Su participación y la de Salas Larrazábal en el libro, hizo que Southworth calificara a Carr de líder, junto a Stanley Payne, de una especie de conspiración “neofranquista” en contra de la historiografía proclive a la II República<sup>40</sup>.

<sup>36</sup> DE LA CIERVA, R.: *La historia perdida del socialismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1972.

<sup>37</sup> DE LA CIERVA, R.: *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales*, Madrid, Prensa Española, 1971, pp. 16, 35 y ss.

<sup>38</sup> GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Raymond Carr...*, pp. 422-423.

<sup>39</sup> DE LA CIERVA, R.: “El Ejército nacionalista durante la Guerra Civil”, en R. Carr (ed.), *Estudios sobre la República y la Guerra Civil*, Barcelona, Ariel, 1971, pp. 240-241, 254, 259, 260, 261 y ss.

<sup>40</sup> GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *op. cit.*, pp. 434 y ss. FORMENT: *op. cit.*, pp. 409-410.

De la Cierva era, por aquellas fechas, consciente, de la crisis experimentada por el catolicismo español. A ese respecto, hacía referencia al “enquistamiento negativo de la religión viva a lo largo de los siglos XIX y XX, al margen de la primera gran marcha del pueblo desde el campo a la ciudad”; a la influencia del movimiento carlista, que supuso el “enquistamiento de la original corriente tradicional española”; a la persistencia del anarquismo como “fenómeno carencialmente religioso”; y al anticlericalismo liberal. La Iglesia no tomó conciencia, además, de la existencia del movimiento obrero, “se marginó de él, lo trató exclusivamente con un sentido paternalista”. Su apologética fue “anticientífica”; y la escolástica se explicaba tan solo “en sentido decadente”. Calificaba la interpretación de la guerra civil como “Cruzada” de “absolutamente real, pero necesariamente parcial y necesariamente, por tanto, no total y totalizadora”, “una consecuencia histórica necesaria de la persecución”. Con esa trayectoria regresiva, la Iglesia católica española, pretendía, ante el fenómeno conciliar, recuperar el tiempo perdido, lo cual explicaba hechos, como el de la Asamblea Conjunta, que el historiador madrileño calificaba, como católico, de “dolorosa, incomprensible y absurda; como historiador, fríamente, me parece una inversión inconsciente de planos y una inmensa estupidez”. Y señalaba: “Es para pensar que nuestra Iglesia hoy quiere quemar etapas para salvar hacia el futuro aquel retraso”. En ese sentido, parecía como si estuviese emergiendo una especie de ‘anarcocristianismo’<sup>41</sup>.

De la Cierva adquirió de nuevo notoriedad como biógrafo oficial de Francisco Franco. Publicada primero en fascículos por la Editora Nacional, la biografía era una obra monumental en dos gruesos volúmenes, con abundancia de fotos y lujosa encuadernación. Sin abandonar la trama narrativa de carácter trágico, el historiador madrileño la combina con el romance, ya que presenta al general Franco como el héroe que pelea contra el mal ganando la batalla. Franco es una esperanza en una sociedad en permanente inestabilidad y decadencia. En su presentación, De la Cierva destacaba, ante la proliferación de obras de autores anglosajones dedicadas a Franco, la necesidad de una biografía “desde dentro, en casa”. Se comprometía, además, a realizar no una “apología benévola”, sino una “crónica fiel que se acerque todo lo posible al ideal imposible de una auténtica historia”. La figura de Franco era analizada en el contexto de una “nueva interpretación de la historia contemporánea de España”. La obra se dividía en dos partes: la primera, de 1892 a 1937, era la de “un ascenso”, “una carrera en el condicionamiento vital de la milicia”; la segunda, de 1937 a 1972, era la de “incertidumbre y victoria en la guerra civil, frustrada esperanza de entreguerras, resistencia alternativa durante la Segunda Guerra Mundial, cerco numantino de la postguerra en Europa, rehabilitación y reintegración internacional, recuperación, despegue y desarrollo económico, concreción institucional y redención cultural del pueblo español

<sup>41</sup> “Historia y catolicidad de España”, en *Cuadernos de realidades sociales* nº 2 (1973), pp. 31-50.

que, desde 1951, por vez primera en toda su historia, ya no tiene hambre”. De la Cierva presenta a un Franco marcado emocionalmente por la crisis de 1898. En ese sentido, resalta su condición de militar. Y es que el Ejército, ante aquella situación de decadencia, se sentía llamado a la “salvación de la unidad nacional en peligro”. Franco era un militar patriota, pero sobre todo un militar profesional preocupado por la unidad de las Fuerzas Armadas. Su matrimonio con Carmen Polo contribuyó a acentuar su conservadurismo; pero sin abandonar su actitud profesional y apolítica. No obstante, la guerra de África y su jefatura de la Legión marcaron igualmente su mentalidad. Ante la crisis de la Restauración, se adhirió, en un principio, a las Juntas de Defensa, pero las abandonó cuando vio peligrar la unidad del Ejército. Respecto a la Dictadura de Primo de Rivera, Franco rechazó sus proyectos de abandono de Marruecos. Valoró positivamente su política de autoridad y de desarrollo económico, pero no su aferramiento a la provisionalidad. Durante el período republicano, siguió manifestando su profesionalismo, pero mostró su desacuerdo con la política militar de Azaña. Mantuvo buenas relaciones no solo con la CEDA, sino con el Partido Radical. Su actuación frente a la huelga general revolucionaria de octubre de 1934 fue decisiva. Aunque contrario al Frente Popular, no decidió su adhesión al alzamiento hasta no estar plenamente seguro del carácter revolucionario de la situación. Su pensamiento político estuvo marcado por la lectura de *Anarquía o jerarquía*, de Salvador de Madariaga, los planteamientos de *Acción Española*, y por los discursos de José Antonio Primo de Rivera. Su régimen se diferenció claramente de los fascismos por su impronta católica y por su recelo ante cualquier tipo de mimesis exterior. Durante la Segunda Guerra Mundial, defendió la neutralidad, salvo en un corto período de tiempo en que quedó seducido por las victorias de Alemania. Tras la entrada de Estados Unidos en el conflicto, Franco desechó cualquier posibilidad de entrada en la guerra. Fue capaz de institucionalizar su régimen y, finalmente, de instaurar la Monarquía y desarrollar económicamente la sociedad española<sup>42</sup>.

A mediados de 1973, fue nombrado Director General de Cultura Popular por el ministro de Información y Turismo Fernando de Liñán y Zoffo, con el beneplácito del almirante Carrero Blanco; cargo en el que fue confirmado tres meses después por Pío Cabanillas. Como Director General de Cultura Popular, De la Cierva se pronunció por una política “aperturista” e hizo un llamamiento a los “núcleos intelectuales fieles al Régimen y, a la vez, leales al futuro, que emprendan tareas como la de aquella *Acción Española* inacabada”. A ese respecto, hizo referencia a la “cuarta apertura” del régimen. La primera se debió a José Antonio Primo de Rivera en sus últimos escritos próximo ya a la muerte. La segunda fue “la social” con la política de José Antonio Girón. La tercera fue “la cultural” con

<sup>42</sup> DE LA CIERVA, R.: *Francisco Franco, un siglo de España. Una biografía crítica trazada sobre las últimas etapas de nuestra historia*, Madrid, Editora Nacional, 1973.

Joaquín Ruíz Giménez al frente del ministerio de Educación Nacional. Y la cuarta debería ser “la política”. En el fondo, De la Cierva intentaba perfilarse, a semejanza de los falangistas de *Escorial*, como un “franquista liberal”. Definió la cultura popular como “todo lo que constituya el nivel expresivo de un pueblo”<sup>43</sup>. Sus proyectos podían ser considerados ambiciosos. Concebía a la Editora Nacional como “posibilidad de convivencia”<sup>44</sup>. Se declaró defensor de las librerías frente a los ataques que sufrían por parte de algunos grupos de extrema derecha. Igualmente se mostró partidario de la “amistad entre las cuatro lenguas”: castellano, catalán, gallego y vascuence. La promoción del libro era otro de sus proyectos: “con Franco, el pueblo español dejó de pasar hambre y aprendió a leer... Ahora hay que conseguir que lea. Esa es la misión de Cultura Popular”. Otro de sus deseos fue la convocatoria de los intelectuales o su retorno si se encontraban en el exilio. A su entender, “el español del siglo XXI verá en un mismo bloque cultural a Picasso, Casals, Cela y Jesús Pabón”. Y abogaba por el “redescubrimiento de Cernuda”<sup>45</sup>. En ese sentido, se comprometía a garantizar la libertad de los intelectuales mediante “una política de reconciliación”. Sin embargo, no se mostraba muy optimista respecto a sus posibilidades de éxito: “Si, creo sinceramente que fracasaré. ¿Por qué?. Sencillamente, porque soy historiador y puedo intuir el futuro. Los intelectuales como grupo, todavía no se han repuesto del trauma de la guerra civil, porque han sido instrumentos y víctimas de todas las propagandas”<sup>46</sup>.

Sin duda, De la Cierva se convirtió en una de las bestias negras de la extrema derecha del régimen, en particular del sector acaudillado por el notario Blas Piñar López, líder de *Fuerza Nueva*. Cuando se autorizó una versión “pop” del *Cara al Sol*, Juan Moso Goizueta, desde la revista dirigida por Piñar, lo denunció como una especie de intento de trivialización del himno falangista “para servir de jolgorio en cualquier decadente discoteca, sala de fiestas a gogó o club de gestos híbridos”<sup>47</sup>. Alfonso Paso denunció las infiltraciones marxistas en los libros de texto de historia de la literatura, con la presencia de escritores como Neruda, Tolstoi, García Lorca, Antonio Machado, Miguel Hernández y Ángel María de Lera<sup>48</sup>. Y es que, según denunciaba Ernesto Giménez Caballero, “España no aparta y silencia a los intelectuales disidentes de Estado, sino a aquellos que lo defienden”<sup>49</sup>. José María Ruíz Gallardón le reprochó su permisividad por la publicación de libros subversivos cuyos autores eran Tierno Galván y López Aranguren; al igual

<sup>43</sup> DE LA CIERVA, R.: *La cuarta apertura*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1976, p. 79.

<sup>44</sup> *Ibidem*, pp. 12-14, 16.

<sup>45</sup> *Ibidem*, pp. 41-42, 55, 57.

<sup>46</sup> *Ibidem*, pp. 69-70.

<sup>47</sup> “Carta urgente al director de Cultura Popular”, *Fuerza Nueva*, 2-III-1974.

<sup>48</sup> “Infiltraciones”, *El Alcázar*, 5-X-1974.

<sup>49</sup> “Ruegos y preguntas”, *El Alcázar*, 22-IX-1974.

que el silencio respecto a autores conservadores como Manuel Machado o José María Pemán<sup>50</sup>. Frente a todas estas acusaciones, De la Cierva contestó: “En un futuro más o menos próximo, pero inevitable, va a producirse en España una inundación de libros demoledores, negativos, libros-revancha contra todo lo que ha supuesto esta época histórica. Esto es lo que se trataba de evitar con aquella política: evitar la ruptura, lograr una inflexión controlada”<sup>51</sup>. De hecho, bajo su égida, la izquierda intelectual escaló posiciones. De la Cierva declaró de “interés nacional” el libro del escritor comunista Manuel Vázquez Montalbán, *La penetración americana en España*, al igual que el de Carlos Paris, *La Universidad española. Posibilidades y frustraciones*<sup>52</sup>. Por aquellas fechas, Tuñón de Lara pudo publicar algunos de sus libros, a costa por supuesto de suprimir en algunos de sus juicios más críticos sobre el régimen nacido de la guerra civil, e impartir conferencias en España.

El 29 de octubre de 1974, tras los ataques de la extrema derecha, Franco había ordenado al nuevo presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, el cese del ministro Cabanillas; lo cual provocó la dimisión del historiador madrileño. La izquierda intelectual de la época no dudó en homenajearlo. Se le ofreció una cena-homenaje en Barcelona, a la que asistieron Javier Godó, Alfonso Carlos Comín, Josep Pastor, Alexandre Argullós, José Manuel Lara, Jesús Pina, Federico Rahola, Rafael Soriano, Pere Fábregas, José María Boixereu y la adhesión de Carlos Barral, que no pudo asistir al acto<sup>53</sup>. El escritor catalán considera, en sus memorias a De la Cierva como “el menos despiadado” de los miembros del Ministerio de Información y Turismo de la época<sup>54</sup>. Manuel Vázquez Montalbán exaltó, por su parte, a De la Cierva en la revista *Triunfo*, afirmando que “el balance de su gestión es impresionante, y ahí están los escaparates de las librerías para corroborar lo que digo”<sup>55</sup>.

Desde entonces, De la Cierva se dedicó a preparar oposiciones a la Universidad y reanudar su vida intelectual. Su libro *Historia básica de la España actual* fue escrito al calor de aquellos acontecimientos. A diferencia de lo sustentado por De la Cierva, no se trata en modo alguno de un libro de texto para sus alumnos universitarios. Es un ensayo histórico de síntesis, de contenido abiertamente presentista, muy alarmado por las consecuencias políticas de la cada vez más evidente decadencia física de Franco y su previsible muerte a corto plazo. Como señaló

<sup>50</sup> ABC, 6-II-1975.

<sup>51</sup> “Los libros que autoricé con la ley en la mano”, YA, 26-II-1975.

<sup>52</sup> PARIS, C.: *Memorias sobre medio siglo. De la Contrarreforma a Internet*, Barcelona, Ariel, 2009, p. 292.

<sup>53</sup> DE LA CIERVA: *La cuarta apertura*, pp. 44.

<sup>54</sup> BARRAL, C.: *Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 2016, p. 771.

<sup>55</sup> “Adiós, De la Cierva, adiós”, *Triunfo* nº 632 (noviembre 1974).

José María Ruíz Gallardón, se trataba ante todo de un libro para políticos<sup>56</sup>. En sus páginas, la trama narrativa trágica vuelve a ser dominante: “(...) la historia de España de 1808 a 1939 es simple y trágicamente la historia larvada o declarada de un guerra civil”<sup>57</sup>. La guerra de la Independencia y la pérdida de las colonias a comienzos del siglo XIX marcaron un nuevo y negativo horizonte histórico para España. En ese sentido, su valoración del siglo XIX era muy pesimista: “Ni esta historia quiere ser ‘conservadora’ -dirá-, ni abominar de todo un siglo de esta. Pero negar el carácter trágico del XIX español parece casi masoquismo”<sup>58</sup>. Fernando VII fue “un regio histrión”. La Constitución de 1812 no era más que “un falso mito de estabilidad y seguridad histórica”. Durante el siglo XIX, España fue “un país de desajustes, difícil de entender desde dentro y desde fuera”. La Iglesia católica es presentada de nuevo como una institución inculta, inmovilista y cerrada al progreso. Su intelectualidad, salvo en el caso de Balmes y Menéndez Pelayo, era “mimética y reaccionaria”. Claro que el krausismo, su gran enemigo, se configuró como una filosofía “minoritaria, esotérica y estrambótica”. El liberalismo español, globalmente entendido, resultaba “ingenuo y dogmático”. El carlismo no solo fue reaccionario, sino que careció de eficacia política. Isabel II resultó ser una reina mediocre, “moza garrida, iletrada y chulapona”. Los moderados son calificados de grupo “pragmático”. En el fondo, los identifica con los tecnócratas del franquismo, una “nueva versión para los nuevos tiempos del despotismo ilustrado clásico”. La Unión Liberal es “un centrismo burgués tan despreocupado por su vinculación popular como la etapa anterior”. Las sucesivas desamortizaciones supusieron -no lograron- “transformar la configuración de la propiedad agraria”<sup>59</sup>. La revolución de 1868 fue “prematura” y de carácter “pequeño burgués”. Desilusión política y desilusión religiosa provocaron la emergencia del anarquismo. La I República fue una “ilusión muerta”, caracterizada por la “indisciplina y la desintegración”. En un principio, De la Cierva daba una interpretación positiva de la Restauración, cuyo significado profundo fue “salvar, mediante la recuperación del ideal y la realidad monárquica, el caos desintegrador que precedía”. Destacaba el “realismo político” de Cánovas; y el papel de “vertebración institucional y nacionalizador” del Ejército. Nuevo fracaso social del catolicismo español, incapaz de conectar con las clases populares. El fenómeno caciquil era, según él, “probablemente necesario y podía de hecho constituir una paradójica vía hacia una democracia auténtica”. Destacaba la “comprensión y la inteligencia” de Alfonso XII, y lamenta su pronta muerte. El fracaso social de la Restauración se debía a que contempló el movimiento obrero como “un peligro y como un enemigo irre-

<sup>56</sup> “Historia básica de la España actual”, *ABC*, 12-II-1975.

<sup>57</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia básica de la España actual*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 22.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>59</sup> *Ibidem*, pp. 62, 62-66, 67, 72 y ss.

conciliable”. El fin del Imperio significó que “España tendría que sumirse en su propia tragedia para reconectar algo que desde 1898 le estaba vedado: la esperanza”. Solo la Corona como institución pudo permanecer incólume ante la crisis. Alfonso XIII fracasó en sus funciones de carácter institucional y simbólico. De nuevo valoró positivamente las figuras de Maura, Canalejas y de su abuelo Juan de la Cierva. Califica de “oasis” su “gobierno largo”. La trayectoria de La Cierva se caracteriza por la energía, la honradez y la eficacia. A Canalejas lo interpreta como “un adelantado de la era conciliar”. Muy crítico es de nuevo con el líder socialista Pablo Iglesias, “una catástrofe para el socialismo español”. El régimen de la Restauración fue incapaz de dar respuesta adecuada a la crisis de 1917, y lo mismo ocurrió con el desastre de Annual, todo lo cual abrió el paso a la dictadura militar. El gobierno de García Prieto le parecía “un intento infantil, nada serio”. El pronunciamiento de Primo de Rivera fue “un acto incruento, inevitable”. Nuevamente incidía en los graves errores del Dictador por “espontaneidad simplificada”. En ese contexto, se producía la ruptura de la unidad militar. Más positiva fue su política económica, porque puso en marcha “el ideal intervencionista” y una política de infraestructuras. De la Cierva es muy crítico con Berenguer y sus gobierno, “el error de la Monarquía, un error de régimen y de sistema”. Denuncia “la soledad del rey”. Tacha a Romanones de “irresponsable”<sup>60</sup>. Por todo ello, el 14 de abril fue “demasiado fácil, demasiado incruento”. La II República resultó “imposible”, porque heredó “las culpas, las lacras de la Monarquía”. Además, no fue revolucionaria, sino “reaccionaria, incluso en sus fases de demagogia aparentemente izquierdista, porque miraba al pasado en vez de prever el futuro”. Manuel Azaña es descrito nuevamente como “un liberal conspicuo”, “un centrista conservador”. Sus reformas, sin embargo, resultaron auténticas agresiones contra el Ejército y la Iglesia, “jamás supo discernir matices”. Sus políticas económicas fueron un fracaso. En fin, la II República era un tipo de democracia liberal “sobrepasada y anacrónica, fundada en un parlamentarismo casi puro, sin más refuerzos autoritarios en la Presidencia de la República que las pequeñas manías y los resentimientos de un exministro de la Corona”. Al Partido Radical de Lerroux le atribuye el mérito de ser “el primero y hasta ahora el único movimiento político de centro en la historia política de España”. No obstante, las fuerzas de la derecha tampoco salían bien paradas. La CEDA era “socialmente mucho más conservadora y reaccionaria que progresista”. Los monárquicos eran “pequeños en efectivos, pero importantes por su influencia económica”. El fascismo español fue “una modernización del nacionalismo y del tradicionalismo”<sup>61</sup>. La revolución de Asturias no solo fue antidemocrática, sino que se convirtió en “el antecedente inmediato y decisivo para la guerra civil española de 1936”. Y es que tampoco las de-

<sup>60</sup> *Ibidem*, pp. 115, 146 y ss, 154, 159, 168, 180.

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 221, 223, 227, 238, 240, 245, 256 y ss.

rechas estuvieron a la altura de las circunstancias. Gil Robles no solo sondeó a los militares, sino que fue incapaz de seguir una política de carácter reformista: “la pugna entre su sentido social, derivado de la enseñanza pontificia, y su reaccionarismo, impuesto por las concesiones internas y externas con el capitalismo agrario de la época, tan ciego como antes y después”. Las elecciones de febrero de 1936 fueron “un auténtico despliegue de totalitarismo preelectoral”. El centro “quedó borrado, con medio millón escaso de votos”. El Frente Popular era una coalición contradictoria, que fluctuaba entre el reformismo de los republicanos y la revolución de los partidos obreros. Su conclusión estaba muy clara: “La guerra civil fue un fracaso total no de esta o aquella figura, sino de la propia España, con todo su peso real e histórico en cuanto tal España”<sup>62</sup>. De la Cierva continuaba sosteniendo que en la zona republicana existió un “doble poder”, gubernamental y revolucionario. Largo Caballero se convirtió en víctima de la influencia soviética. Negrín fue el hombre del comunismo en España. La zona nacional encarnó “el ideal político del Vaticano para el Estado católico en los años treinta del siglo XX”. De la Cierva reconocía, como había hecho en otros libros, la legitimidad del régimen nacido de la guerra civil; y le atribuía grandes éxitos históricos: unidad de las Fuerzas Armadas, neutralidad en la Guerra Mundial, garantía de orden, restauración de la Monarquía, erradicación del hambre y del analfabetismo y desarrollo económico. Sin embargo, criticaba que el desarrollo económico no hubiese tenido como contrapunto un auténtico desarrollo político. Alababa, en ese sentido, a Manuel Fraga. El problema de España radicaba en que, tras la caída de los sistemas políticos de Portugal y Grecia, era “el único Estado de sistema autoritario en toda Europa occidental”. El destino de España era la democracia liberal. En ese contexto, De la Cierva mostraba su temor ante la posibilidad de una nueva guerra civil, que era un “peligro latente”<sup>63</sup>.

### *Por la reforma: el ideólogo de una transición*

Con la decadencia física de Franco y su ulterior desaparición, las fuerzas sociales y políticas que apoyaban al régimen nacido de la guerra civil fueron buscando el mejor acomodo posible a la nueva situación. Agotados todos los recursos, no cabía ya más que la escisión de las derechas. De un lado, iba a marchar una derecha utópicamente continuista y, por otro, una realísticamente reformadora. Pero, con el paso del tiempo, los reformadores, a su vez, terminaron por escindirse. De la Cierva fue muy consciente de esta situación. Nunca creyó en la continuidad del régimen, sino en un “cambio sin traumas” hacia la democracia liberal; y desarrolló una campaña en diversos periódicos y revistas en defensa del proyecto reformista. A su entender, se trataba de un proceso que no arrancaba del asesinato de Carrero

<sup>62</sup> *Ibidem*, pp. 334, 336, 341, 343, 360, 371.

<sup>63</sup> *Ibidem*, pp. 394, 453, 500, 511, 515.

Blanco. “un hecho que quizá aceleró el cambio; pero sobre todo reveló la profundidad del cambio”. En ese nuevo contexto, volvía a producirse la permanente contradicción entre “el país real” y el “país oficial”<sup>64</sup>. A ese respecto, no dudaba en criticar las tesis y posiciones continuistas de Jesús Fueyo y Gonzalo Fernández de la Mora<sup>65</sup>. La figura de su antiguo mentor Manuel Fraga comenzó a defraudarle. El político gallego se había convertido, sin duda, en “referencia universal para el horizonte político”; pero no parecía ser capaz de ofrecer un proyecto claro de reforma. Y era, además, “un autoritario nato”. Tampoco confiaba excesivamente en Carlos Arias y en el llamado “espíritu del 12 de febrero”. Y es que Arias era más “continuista que evolutivo”<sup>66</sup>. Para De la Cierva, la clave del proceso político era la institución monárquica y la figura del Rey. De ahí que juzgara necesario “preservar, por encima de todo, la inviolabilidad y la sacralidad de la persona del Rey, de acuerdo con los usos y convenciones de las monarquías europeas”. Confiaba, además, en el apoyo de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia católica<sup>67</sup>. Y en lo que ya se denominaba “franquismo sociológico”, es decir, “millones de españoles que han vivido más o menos conscientemente en el régimen; que aceptan los valores de origen y ejercicio del régimen; que, sin embargo, no ven clara hoy su representación en el régimen”<sup>68</sup>.

De la Cierva había participado en el lanzamiento de FEDISA –Federación Democrática Independiente- y luego en el Partido Popular<sup>69</sup>. De ahí que juzgara necesario era que la derecha española asumiera la necesidad no solo del cambio político, sino del social y económico, aceptando, de una vez por todas, una auténtica reforma fiscal “tan generosa como progresiva y abierta”, y “una fuerte matización regional en lo administrativo, en lo cultural y en lo político”<sup>70</sup>.

En cualquier caso, De la Cierva era consciente de que este proyecto reformista no podría llevarse a cabo en vida del “fundador” del régimen<sup>71</sup>. De cara al futuro, apostaba de nuevo por Pío Cabanillas, “un representante auténtico del futuro de España”<sup>72</sup>. Otra promesa era José María de Areilza, por “su conocimiento profundo del problema vasco, el reconocido prestigio de sus servicios a los más delicados engranajes de la institución monárquica y su capacidad para transmitir a Europa

<sup>64</sup> DE LA CIERVA, R.: *Crónicas de la transición: de la muerte de Carrero a la proclamación del rey*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 25-26, 29.

<sup>65</sup> *Ibidem*, pp. 30-32.

<sup>66</sup> *Ibidem*, pp. 49, 225 y ss.

<sup>67</sup> *Ibidem*, pp. 94 y ss.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 234.

<sup>69</sup> PENELLA, M.: *Los orígenes y evolución del PP. Una historia de AP*. Tomo I, Salamanca, Caja Duero, 2005, pp. 86 y 211.

<sup>70</sup> DE LA CIERVA: *Crónicas...* pp. 133 y ss.

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 126.

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 164, 194.

una dosis suficiente –y vital– de credibilidad exterior en caso de una transición de signo positivo”<sup>73</sup>.

De la Cierva no se tomaba excesivamente en serio a la oposición, que, en algunos de los casos, parecía ir “en auxilio del régimen”; y es que algunos grupos derivaban “peligrosamente hacia Romas utópicas”, “entre los temores del colaboracionismo y las alergias –o las nostalgias– del Frente Popular”. Algo que resultaba muy peligroso porque “la humanización de la derecha” solo podría venir de la colaboración de una izquierda moderada<sup>74</sup>. No confiaba excesivamente en la posibilidad de una democracia cristiana. En parte por la desunión y heterogeneidad de sus distintos sectores y en parte “por el desencanto de la Iglesia ante la actual crisis profunda de la DC en Italia”<sup>75</sup>. Menos porvenir tenía aún, en su opinión, la extrema derecha. La Confederación de Ex-Combatientes, bajo la dirección de José Antonio Girón, era una organización absolutamente minoritaria; y lo mismo ocurría con Fuerza Nueva<sup>76</sup>.

Con la muerte de Franco terminaba “toda una época”: “La historia contemporánea encomendada a mi generación se abre en los primeros días de 1875, con el advenimiento de la Restauración, que trataba de cancelar los ciclos excluyentes y agónicos del siglo XIX; se cierra el 20 de noviembre de 1975, con el final de una época que es a la vez el principio de otra”. “La Historia ha muerto, viva el rey”, dirá<sup>77</sup>.

La continuidad de Arias Navarro tras la muerte de Franco fue interpretada por De la Cierva como “la trampa Arias”. Era “el último Gobierno creado según las acreditadas técnicas de pasillo”. Arias se había convertido en “el máximo aliado del búnker”. Su gobierno era “un conjunto de individualidades incontrolables y de rellanos anodinos”. Consideraba la presencia de Fraga como un gran error, no solo por integrarse en el ejecutivo, sino por haber aceptado la peligrosa cartera de Gobernación<sup>78</sup>. En cambio, valoraba positivamente la figura de Torcuato Fernández Miranda: “Inteligente político que ya se ha hecho con esas Cortes y ese Consejo del Reino donde quienes conocen menos su habilidad y su dialéctica le auguraban vía crucis y calvarios”<sup>79</sup>. Celebraba, además, la unión de las Fuerzas Armadas como “un patrimonio providencial para la transición; es quizá la herencia más limpia que nos deja el régimen anterior”<sup>80</sup>.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 292.

<sup>74</sup> *Ibidem*, pp. 246 y ss.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 302.

<sup>76</sup> *Ibidem*, pp. 369, 323.

<sup>77</sup> *Ibidem*, pp. 411, 421.

<sup>78</sup> DE LA CIERVA: *Crónicas de la confusión. Con claves inéditas. Cartas boca arriba*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 18, 19, 31 y ss.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>80</sup> *Ibidem*, pp. 70-72.

La aparición en el ruedo político de Alianza Popular, bajo el liderazgo de Fraga, fue muy mal recibida por De la Cierva, porque, según él, favorecía “la guerra civil” y significaba “el abandono de las posiciones de centro que ha perpetrado el señor Fraga y parte de sus amigos políticos”. Por el contrario, resultaba vital una “alternativa de centro, para lo que es necesario salir de la atomización de grupúsculos”. Uno de los políticos más atacados por el historiador era Gonzalo Fernández de la Mora, “el hombre con menor porvenir político en la España actual”<sup>81</sup>.

Recibió positivamente la salida a la luz del diario *El País*, en cuyas páginas colaboró durante algún tiempo. Lo consideraba un “heredero directo de los afanes de José Ortega y Gasset y el testamento intelectual por él presidido”<sup>82</sup>.

Censuraba el comportamiento de la familia de Franco, en particular de Carmen Polo y del marqués de Villaverde, tras el asesinato de Carrero Blanco: “La tensión entre El Pardo y la Zarzuela solo podía conllevarse gracias a la prudencia que reinaba en este último palacio ante algunas actitudes diríase seniles que se originaban en el otro. Siempre dio por desahuciado políticamente a Carlos Arias; era “el hombre de la primera transición”<sup>83</sup>. Ante su evidente fracaso, se abrían distintas posibilidades. En su opinión, Fraga ya no era “el número uno”. Y es que su arriesgada apuesta por el ministerio de la Gobernación le había desgastado. Además, su grupo político había “fracasado en casi toda la línea, y le ha comprometido a él con su fracaso”. Por ello, habían ganado puntos Fernández Miranda y Adolfo Suárez. Sin embargo, De la Cierva apostaba por Areilza, representante de “la moderación interna, el sentido de puente y comparte –casi solo él– con el Rey toda la credibilidad exterior de la reforma”<sup>84</sup>. Finalmente, la caída del presidente del gobierno no fue, para De la Cierva, una dimisión, sino una clara “destitución”. Y lo relacionaba con el viaje de Juan Carlos I a Norteamérica. Sin embargo, la designación de Adolfo Suárez como sucesor de Arias fue recibida por el historiador con su ya célebre “¡Qué error, qué inmenso error!”, que atribuía, no sin razón, a los manejos y estrategias de Fernández Miranda, su “evidente muñidor” y “triunfador profundo”. Y es que el nuevo gobierno era fruto del “Movimiento dividido” y del “frente político-conservador vinculado al Opus Dei”<sup>85</sup>. Posteriormente, reconoció equivocarse con Suárez y su gobierno<sup>86</sup>.

Entonces, su enemigo por antonomasia, mucho más que la poco significativa extrema derecha, fue Alianza Popular. Criticaba que Fraga hubiese abandonado, tras la victoria de Suárez, el centro, “para quedarse al frente de la desbordada de-

<sup>81</sup> *Ibidem*, pp. 89, 105.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 131.

<sup>83</sup> DE LA CIERVA, R.: *Crónicas de la confusión...*, p. 79.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>85</sup> *Ibidem*, pp. 238, 239, 245.

<sup>86</sup> *Ibidem*, p. 249.

recha franquista”. El proyecto fraguista tenía la virtud de “desplazar a la extrema derecha fascistoide; aunque la inclusión de Gonzalo Fernández de la Mora es para echarse a meditar”<sup>87</sup>. Ahora, el hombre del futuro era Adolfo Suárez, “irrevocablemente decidido a coronar su proyecto de reforma, sean cuales sean los obstáculos que se encuentre”<sup>88</sup>.

### *Entre la Historia y la Política*

A partir de aquellos momentos, De la Cierva volvió a combinar su labor de historiador con la de político en activo. De un lado, consiguió consolidar su situación en la Universidad. Tras no pocos esfuerzos, logró, por oposición, la cátedra Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Alcalá de Henares. Y procuró desvincularse de su pasado franquista. Hizo un balance más bien crítico de la trayectoria histórica de las derechas españolas; y es que sus dos grandes defectos habían sido “prescindir excluyentemente de la izquierda como alternativa y recurrir ante las crisis de la nación al arbitraje dictatorial de la espada”. Su opinión sobre el régimen de Franco tampoco resultaba excesivamente positiva. El franquismo había sido “por encima de todo la elaboración de Franco sobre el sustrato formado por la derecha militar y la derecha tradicional en todas sus formas”<sup>89</sup>. En otra ocasión, afirmó: “Es evidente que no me interesa la defensa política de Franco, el hombre que me mandó a la calle desde la dirección de Cultura Popular por fiarse de dossiers truncados y testigos medrosos. Pero me interesa la defensa de la historia de España, incluida la historia del franquismo. Ni fui servil en el franquismo ni ahora pienso aparecer como un renegado”<sup>90</sup>. Incluso llegó a negar que sus cargos en el régimen de Franco hubiesen tenido un carácter político<sup>91</sup>.

Defendió la publicación de los estudios de Ángel Viñas sobre el “oro de Moscú” en Editora Nacional. Su valoración de la obra de Viñas era ditirámica. Calificó de “espectacular” la aparición de su libro *La Alemania nazi y el 18 de julio*. Era “uno de los primeros expertos en los más vidriosos y escondidos temas de nuestra historia económica reciente”. Y el dedicado al “oro de Moscú” era “el mejor de todas sus publicaciones hasta hoy”<sup>92</sup>. Calificó el libro de Francisco Franco Salgado-Araújo, *Mis conversaciones privadas con Franco* como “la venganza del ayuda de cámara”, porque estaban escritas desde el resentimiento. No obstante, creía que su publicación resultaba positiva: “El Caudillo está de cuerpo entero en estas páginas. Franco Salgado no inventa nada; reproduce con fidelidad magnetofónica

<sup>87</sup> DE LA CIERVA, R.: *Crónicas...*, p. 319.

<sup>88</sup> *Ibidem*, pp. 331, 376.

<sup>89</sup> DE LA CIERVA, R.: *¿Qué son las derechas?*, Barcelona, la Gaya Ciencia, 1976.

<sup>90</sup> DE LA CIERVA, R.: *Crónicas de la confusión*, pp. 196.

<sup>91</sup> DE LA CIERVA, R. y VILAR, S.: *Por y contra Franco. Franquismo y antifranquismo*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 215 y 218.

<sup>92</sup> “El extraño caso de un Estado que secuestra sus propios libros”, *El País*, 23-II-1977.

cuanto oye. En esto radica el enorme valor histórico de estas confidencias, que son las memorias de Franco: las únicas memorias de Franco”. Y señalaba: “Los consejos de administración; este libro es la más decisiva prueba de cargo contra la corrupción del régimen de Franco conocida y permitida, cuando no alentada, por el propio Franco”<sup>93</sup>. Se mostraba comprensivo con Laín Entralgo a raíz de la publicación de su obra *Descargo de conciencia*: “Toda la vida del pensamiento y la anticultura española contemporánea –su libro es pura contemporaneidad– quedan reproducidos en su libro...”<sup>94</sup>. Aceptó la legalización del PCE, calificando de “irracional” la represión a que le sometió el régimen de Franco, “encarnación e institucionalización de lo que se ha llamado *gran derecha*, y realmente es pequeña derecha, la gaceta derecha tradicional española”<sup>95</sup>.

Entre 1976 y 1978, publicó, en dos tomos, una *Historia del franquismo*. El primer tomo, subtítulo *Orígenes y configuración (1939-1945)*, incidía en temas ya tratados anteriormente, aunque narrado desde una perspectiva más crítica, fruto del nuevo contexto político y cultural. Franco aparece como un representante de un “autoritarismo paternalista y a la vez tradicional”, “el sucesor directo de un rey absoluto, Carlos III, en las entrañas de una época en la que brotan probablemente en España las raíces del regeneracionismo”. “Franco es un populista de inspiración militar primero y luego cristiana”. De la Cierva reprocha a Franco el “gran error inicial” de la represión de los vencidos. En su opinión, hasta 1945 no se llega al “franquismo definitivo”. Denunciaba el fracaso de la lucha contra la corrupción; y que no supiera conservar el apoyo de los intelectuales. A ese respecto, calificaba a la censura de “lunática”. Consideraba la entrevista de Hendaya como un éxito para Franco, que, durante un tiempo, tuvo la “tentación” de entrar en la guerra mundial. Su “viraje atlántico” se produjo en 1942<sup>96</sup>.

El segundo tomo, bajo el subtítulo de *Aislamiento, transformación y agonía (1945-1975)*, hubo de esperar hasta dos años después. Se trataba de una síntesis mucho más apresurada y coyuntural que la anterior. De nuevo, el autor repetía, aunque de una forma más matizada, lo ya defendido en libros anteriores. Hacía referencia al aislamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial, los éxitos del régimen a partir de los años cincuenta en los pactos con Estados Unidos y la Santa Sede, la transformación económica del país, el fracaso político de las tendencias liberalizadoras, las consecuencias del Concilio Vaticano II, el inmovilismo de Carrero Blanco y del propio régimen, etc. A ese respecto, hacía referencia, desde una óptica manifiestamente presentista, a los “Anales de la degradación”. Calificaba de

<sup>93</sup> “La venganza del ayuda de cámara”, *El País*, 10-X-1976.

<sup>94</sup> “Laín: antimemorias con España”, *El País*, 26-V-1976.

<sup>95</sup> “Nuestros comunistas, de ayer a mañana”, *El País*, 14-I-1977.

<sup>96</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia del franquismo. Orígenes y configuración*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 103-104, 113, 147, 161, 182 y ss, 220 y ss.

“alucinación tecnocrática” el período comprendido entre 1957 y 1967. Carrero Blanco era “la cerrazón y el inmovilismo”. Tomaba nota de la corrupción existente en el régimen, en particular con el asunto Matesa. Frente al estancamiento del régimen, De la Cierva presentaba “un oculto ritmo positivo, una eclosión –desde luego no espontánea– de nuevas posibilidades de futuro, que descansaban en las tensiones convergentes de una joven generación más que política en la que confluían, aparentemente dentro de la ortodoxia o de la tolerancia del régimen, personas símbolo como Juan Carlos de Borbón, que por entonces recibe la plena aceptación atlántica; Adolfo Suárez González, cuyo ascenso singular e irresistible no se debe solo a la casualidad política ni solo a sus tremendas cualidades políticas muy superiores a su hábil ambición personal; Felipe González, que se afirma bajo una lenta y magistral creación secreta de imagen con evidente cobertura atlántica también; y Vicente Enrique y Tarancón, que empuña por entonces con sentido de futuro las sendas de una Iglesia española que, como revelaría la Asamblea Conjunta de 1971 había anticipado su transición a la general transición del país”. Y concluía: “Todos los problemas de España quedaban en flor tormentosa, sin resolver o mal planteados...”<sup>97</sup>.

Su labor se fue centrando cada vez más en la política. A finales de 1977, corrió el rumor de que iba a presidir la Agencia EFE<sup>98</sup>. Durante apenas un año, dirigió la revista *Nueva Historia*, en cuyas primeras páginas existía una sección denominada “La Torre de Londres”, donde solía ponerse en solfa a políticos, historiadores y partidos que no eran del agrado del director: Gonzalo Fernández de la Mora, José María Gil Robles, Gabriel Jackson, o el PCE. De la Cierva solía escribir una crónica. Cada vez más próximo a Suárez, valoró positivamente, entre otras cosas, el significado de sus viajes a Méjico y Estados Unidos<sup>99</sup>.

Afiliado ya a Unión del Centro Democrático, De la Cierva logró un escaño en el Senado por su feudo familiar de Murcia; y participó en la redacción del texto constitucional. Junto al filósofo Julián Marías, introdujo el término “Nación española” y “Comunidad Hispánica de Naciones” en la Constitución<sup>100</sup>. Por entonces, afirmaba que al PSOE le convenía “pasarse una generación en la oposición, UCD va a estar mucho tiempo en el poder”. Quien se estaba desintegrando era Alianza Popular, cuya situación era “tan mala que se han inventado esa aberración llamada Nueva Mayoría”<sup>101</sup>. Posteriormente, fue designado consejero para Asuntos Cultu-

<sup>97</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia del franquismo. Aislamiento, transformación y agonía (1945-1975)*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 266, 322, 398, 465.

<sup>98</sup> *El País*, 4-XII-1977.

<sup>99</sup> “La muerte vasca se presenta a la elecciones”, en *Nueva Historia* nº 5 (junio 1977), p. 9.

<sup>100</sup> DE LA CIERVA, R.: “El encuentro con la Historia”, en *Recuperar la Historia perdida*, Madrid, Fénix, 2012, p. 142.

<sup>101</sup> *El País*, 15-X-1978.

rales del presidente Suárez<sup>102</sup>, cargo del que dimitió para presentarse a las elecciones de 1979, resultando elegido de nuevo diputado por Murcia. A comienzos del siguiente año, fue designado, en sustitución de Manuel Clavero Arévalo, ministro de Cultura. Su gestión fue muy discutida. En un primer momento, manifestó que sería un “ministro continuista”, en la línea de Manuel Clavero y Pío Cabanillas; y que huiría del “dirigismo cultural”<sup>103</sup>. Intentó, en principio, una aproximación al mundo intelectual nombrando una serie de “consejeros culturales”, como Santiago Amón, Julio Caro Baroja, José María Castellet, Palacio Atard, Baltasar Porcel, José Luis Borau, Mario Hernández Sánchez-Barba, Ángel María de Lera, Francisco García Pavón, Pedro de Lorenzo, Martín de Riquer, Camilo José Cela, Nuria Espert, Cristóbal Halffter, etc. La mayoría de los cuales rechazó el nombramiento<sup>104</sup>. Muy dura fue la posición de los partidos parlamentarios y extraparlamentarios vascos pidiendo su dimisión en un acto de conmemoración del 43 aniversario del bombardeo de Guernica, donde se demandó la apertura de los archivos militares para esclarecer el hecho<sup>105</sup>. Para colmo, tampoco contó con el apoyo de su partido, sobre todo de su sector liberal y socialdemócrata. El secretario de la UCD murciana Juan Martínez Meseguer denunció públicamente a De la Cierva por sus críticas al comité ejecutivo del partido<sup>106</sup>. Finalmente, De la Cierva cesó como ministro el 8 de septiembre de aquel mismo año, con gran alegría de la UCD murciana<sup>107</sup>. Por entonces publicó un anodino libro sobre la entrevista de Hendaya, en la que basándose en los estudios de los historiadores Donald S. Detwiler y Raymond Proctor, y sin consultar documentación de archivo, intentó demostrar que Franco nunca pretendió entrar en la Segunda Guerra Mundial, aunque experimentó un cierto vértigo beligerante tras la caída de Francia<sup>108</sup>.

### *Entre la Historia y la polémica: retorno a los orígenes*

En enero de 1982, abandonó UCD para pasarse al grupo de Alianza Popular. El historiador madrileño fue rechazado por los representantes del partido en Murcia, pero Fraga consiguió que ocupara el primer lugar en la lista por Melilla en las elecciones de 1982<sup>109</sup>, que resultó derrotada. Muy comentada fue su colaboración en el diario católico YA, en una sección titulada significativamente “La Quinta Columna”, muy crítica con la izquierda socialista y con la actuación de Suárez y de los restos de

<sup>102</sup> *El País*, 18-II-1978.

<sup>103</sup> *El País*, 18-I-1980.

<sup>104</sup> *El País*, 3-II-1980. Véase también QUAGGIO, G.: *La cultura en transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1985*, Madrid, Alianza, 2014, pp. 130 y ss.

<sup>105</sup> *El País*, 27-IV-1980.

<sup>106</sup> *El País*, 10-IV-1980.

<sup>107</sup> *El País*, 10-IX-1980.

<sup>108</sup> DE LA CIERVA, R.: *Hendaya. Punto final*, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 15, 60 y ss.

<sup>109</sup> PENELLA: *op. cit.*, p. 654.

la UCD capitaneados por Leopoldo Calvo Sotelo y Landelino Lavilla por su negativa a coaligarse con Alianza Popular. Sus compañeros de página eran el periodista Emilio Romero y el sociólogo Salustiano del Campo. Una de sus preocupaciones, aparte de las estrictamente políticas, fue la ya perceptible influencia universitaria y mediática, con los socialistas ya en el poder, de la escuela marxista de Manuel Tuñón de Lara. Y es que a mediados de 1983 comenzó a emitirse por televisión la serie “Memoria de España (Medio siglo de crisis, 1898-1936)”, a la que luego siguió “España en guerra, 1936-1939”. El equipo era asesorado por un grupo de historiadores como Tuñón de Lara, Josep Benet, Antonio María Calero, José Manuel Cuenca Toribio, Gregori Mir y Alfonso Cucó<sup>110</sup>. Entre otras cosas, De la Cierva acusó a los guionistas de minimizar el “crimen de Estado que acabó con la vida de Calvo Sotelo”; y señaló que en la primavera de 1936 el papel de las derechas “no fue de agitación, sino de denuncia”<sup>111</sup>. Independientemente de la veracidad o falsedad de sus alegatos, lo que estaba ya muy claro es que Ricardo de la Cierva había perdido su rol de historiador de referencia mediática; que otros ocupaban ahora ese lugar; y que con ellos se divulgaba otra interpretación de la historia contemporánea de España.

Por aquellas fechas, salió a la luz la revista de pensamiento político *Razón Española*, cuyo fundador y guía era Gonzalo Fernández de la Mora, uno de los intelectuales de la derecha a quien De la Cierva había criticado con mayor saña a lo largo de la transición. Sin embargo, su nombre aparecía en el consejo de redacción, al lado de otros intelectuales afines al franquismo como Jesús Fueyo, José García Nieto, José Luis Comellas, Dalmacio Negro Pavón, Juan José López Ibor, Carmen Llorca, Francisco Puy, Juan Velarde, Luis Suárez y Antonio Millán Puelles. El hecho no dejaba de ser significativo a la hora de analizar la evolución ideológica del historiador madrileño. De la Cierva no solo había criticado a Fernández de la Mora, sino que sostuvo que era el autor de uno de los manifiestos publicados en el diario *El Alcázar* bajo el pseudónimo de “Almendros”<sup>112</sup>, poco antes del intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, algo que el interpelado siempre negó. Así lo señaló en una carta a De la Cierva, y éste se comprometió a corregir “mi error” en futuras ediciones del libro<sup>113</sup>. Por otra parte, nunca compartió las críticas de Fernández de la Mora a la Monarquía constitucional de Juan Carlos I, ni su apuesta por un modelo de República presidencialista<sup>114</sup>. No obstante, participó en el homenaje tributado al director de *Razón Española* al cumplir sus setenta años<sup>115</sup>.

<sup>110</sup> *El País*, 17-IV-1983.

<sup>111</sup> “La mentira final”, *YA*, 14-IX-1983.

<sup>112</sup> DE LA CIERVA, R.: *El 23 –F sin máscaras. Primera interpretación histórica*, Madrid, Fénix, 1998, p. 139.

<sup>113</sup> Archivo Fernández de la Mora, 14-V-1998, 28-I-1999.

<sup>114</sup> DE LA CIERVA, R.: *España: la sociedad violada*, Barcelona, Planeta, 1989, pp. 268-269, 270-272.

<sup>115</sup> “La ideología gnóstica como constante parásito del cristianismo”, en *Razonalismo. Homenaje a Fernández de la Mora*, Madrid, Fundación Balmes, 1995, pp. 159-161.

En aquellos momentos, consideraba a Fernández de la Mora el sucesor de Ramiro de Maeztu de *Acción Española*, “podador de la yedra, custodio de la encina”<sup>116</sup>.

En cualquier caso, su estrella historiográfica estaba ya en declive. Ninguneada fue su oportunista *Historia del socialismo en España, 1879-1983* –mero remake de su *Historia perdida del socialismo español*, publicada al socaire de la victoria de Felipe González y su partido en 1982–, que fue calificada de mera “historieta” por parte Santos Juliá Díaz<sup>117</sup>. Claro que en sectores más afines, como *Razón Española*, tampoco se le dio excesiva importancia. Para Juan Luis Calleja, era un libro de circunstancias, meramente coyuntural<sup>118</sup>.

Fraga encargó a De la Cierva la dirección cultural de Alianza Popular, pero no tardó excesivo tiempo en abandonar el cargo, aduciendo que quería irse “a su cátedra y dejar la política cultural de AP; está metido en varias e importantes obras historiográficas”<sup>119</sup>. La verdad es que consideraba a la Fundación Cánovas del Castillo un ente inoperante, que “no contribuye prácticamente en nada a revivir entre los españoles la memoria histórica de la gran derecha española, aunque su fundador y su actual presidente hayan sido destacados colaboradores de Franco en vida de Franco”<sup>120</sup>.

En 1986, De la Cierva publicó una nueva biografía de Franco, presentada nada menos que como “una obra definitiva sobre la figura más polémica de la historia de España”. Su valoración última del biografiado seguía siendo más que positiva o ditirámica, providencial: “Consiguió –en admiración y odio– la equiparación con las primeras figuras políticas de su tiempo; Pétain, Mussolini, Hitler, Roosevelt, Eisenhower, Nixon, De Gaulle, Stalin, Oliveira Salazar, Alfonso XIII, don Juan de Borbón, Pío XI, Pío XII (...) Pretendió dejar a España fuera de la guerra y lo consiguió. Ganó antes su guerra civil, y venció en España al que consideraba el enemigo supremo de España: el comunismo internacional. Resistió con éxito y contra todo pronóstico al mundo unido contra él entre 1944 y 1948. Vio que el mundo que le había rechazado le dio la razón durante la guerra fría. Recibió una España deshecha, en trance de extinción, y entregó una España convertida en la décima potencia industrial del mundo, en la que por vez primera podría ensayarse con garantía de éxito la experiencia democrática”. “Murió invicto, mientras vivió nadie pudo dudar de su permanencia”<sup>121</sup>.

<sup>116</sup> “La gran mentira de la transición”, en *Razón Española* nº 35 (1989), pp. 335 y ss.

<sup>117</sup> “Cuando la historia se convierte en historieta”, *El País*, 9-X-1983.

<sup>118</sup> *Razón Española* nº 3 (1983), pp. 368-371.

<sup>119</sup> FRAGA, M.: *En busca del tiempo servido*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 304 y 362.

<sup>120</sup> DE LA CIERVA, R.: *No nos robarán la Historia*, Madrid, Fénix, 1996, p. 111.

<sup>121</sup> DE LA CIERVA, R.: *Franco*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 506-507, 16-17.

En más de una ocasión, De la Cierva criticó la obra de Luis Suárez, *Francisco Franco y su tiempo*, a la que tachó de ser “puramente apologética”<sup>122</sup>. De la Cierva recurrió a Fernández de la Mora para que intercediera en su favor en la Fundación Francisco Franco, cuyos dirigentes le impedían el acceso a su archivo. En un primer momento, sospechaba que el veto procedía del marqués de Villaverde. En una carta a Fernández de la Mora, afirmaba: “Cerrarme el camino a mí porque soy crítico y no confundo a Franco con Cristóbal es una memez insondable (...) Franco jamás me puso cortapisas. Estos no son testamentarios de Franco, sino enemigos de Franco, pequeños, rastreros, gilipollas”<sup>123</sup>. En opinión de Fernández de la Mora, el marqués de Villaverde nada tenía que ver con el veto que sufría en la Fundación Francisco Franco, pero sí Luis Suárez, quien estaba “profundamente dolido porque, según él, le difamas y calumnias”<sup>124</sup>. A lo que De la Cierva contestó, acusando a Suárez de haber “impulsado al pobre Gutiérrez Cano para que de hecho me cierre el paso al archivo, pero es él quien lo impide. Lo voy a desenmascarar mucho más”<sup>125</sup>.

Sin embargo, en esta etapa de su trayectoria la política primó sobre la producción puramente historiográfica. Y es que De la Cierva consideraba que la derecha liderada por Fraga y luego por Antonio Hernández Mancha era incapaz de articular un auténtico proyecto político-cultural frente a la ya apabullante hegemonía de los socialistas. Era “la derecha sin remedio”<sup>126</sup>. Y es que el PSOE pretendía convertir el proceso de reforma en ruptura mediante un auténtico proyecto de hegemonía —el Programa 2000—, cuyo objetivo era controlar al conjunto de la sociedad civil y de las instituciones tradicionales. Sus raíces ideológicas eran, pese a las apariencias, auténticamente marxistas; y bebían en las fuentes de Habermas, la Escuela de Frankfurt y Gramsci<sup>127</sup>. A ese respecto, concedía una gran importancia no solo a la masonería, que comenzó a constituir una auténtica obsesión para De la Cierva, sino a lo que denominaba “Frente Popular de la Cultura”, al que pertenecían historiadores e intelectuales de izquierda como Santos Juliá, Ángel Viñas o Julio Aróstegui. Al ministro Jorge Semprún le acusaba de llevar a cabo una política cultural, no ya de “amiguetes, sino de amigotes”. Frente a tal ofensiva, la derecha se rendía ante los socialistas. Por ello, De la Cierva abominaba de “la ramplonería y las incoherencias de Génova 13”<sup>128</sup>.

<sup>122</sup> DE LA CIERVA, R.: *No nos robarán...*, pp. 104-105.

<sup>123</sup> Archivo Fernández de la Mora, 26-VII-1992.

<sup>124</sup> Archivo Fernández de la Mora, 24-II-1997.

<sup>125</sup> Archivo Fernández de la Mora, 15-III-1997.

<sup>126</sup> DE LA CIERVA, R.: *La derecha sin remedio. De la prisión de Jovellanos al martirio de Fraga*, Barcelona, Plaza y Janés, 1987, p. 11.

<sup>127</sup> *Ibidem*, pp. 25 y ss.

<sup>128</sup> DE LA CIERVA, R.: *España: la sociedad violada*, pp. 230, 234, 246.

El historiador madrileño fue muy crítico con la alianza de Fraga con los democristianos de Oscar Alzaga. Igualmente, censuraba las posiciones de la Banca y de la Iglesia. Y es que la derecha desconocía su historia. En este nuevo contexto, De la Cierva se mostraba mucho más apologético con la trayectoria histórica del conservadurismo español. A su entender, los orígenes del conservadurismo liberal se encontraban en Jovellanos, cuyos planteamientos influyeron posteriormente en el moderantismo y en el canovismo. El carlismo era presentado ahora como “la derecha popular”. De la misma forma, exaltaba a Bravo Murillo y Donoso Cortés. Consideraba a la Unión Liberal como “el gran antecedente centrista. El krausismo era interpretado como un germen de “la llamada modernización socialista”, de la LODE y del diario *El País*. Cánovas era calificado de nuevo como “genio político”. La Restauración fue un “momento creativo de paz, progreso y convivencia”. Maura aparece como “teórico de la democracia” y defensor del nacionalismo económico. En el ámbito intelectual no solo defendía la actualidad de Ramiro de Maeztu, sino que interpretaba a Ortega y Gasset como liberal-conservador. Acusaba a la derecha monárquica de traicionar a Alfonso XIII. Valoraba positivamente la figura de Gil Robles. De *Acción Española* hacía hincapié en su “hondura doctrinal”. Ya en la actualidad, contemplaba a Fraga como víctima de la “derecha de intereses”. Tras su dimisión, confiaba en que su sucesor Antonio Hernández Mancha fuese un continuador de la “derecha de ideales”<sup>129</sup>. Sin embargo, Hernández Mancha no solo no le hizo, como era de esperar, el menor caso, sino que su figura política no tardó en fagocitarse.

El último libro de Ricardo de la Cierva que suscitó polémica fue 1939. *Agonía y victoria (El protocolo 277)*, que obtuvo el Premio Espejo de España de la editorial Planeta en 1989. En la obra, De la Cierva describía el final de la guerra civil, el papel de la quinta columna, de Julián Besteiro y del coronel Casado frente a la táctica de Juan Negrín de resistencia a ultranza. En las últimas páginas del libro, De la Cierva criticaba a Franco por no haber comprendido “las esperanzas de amnistía”. Con todo, a su juicio el 1 de abril de 1939 no marcó el final de la democracia en España, porque la República no se había “planteado más que formalmente como una democracia, le faltaba un rasgo esencial de la democracia, el sentido profundo del pacto para la convivencia”. Y concluía: “La media España que no se había resignado a morir, como dijo Gil Robles en mayo de 1936, estaba ahora decidida a transformar la nación con el impulso regeneracionista de Franco y la garantía de un ejército vencedor y joven, con el ansia de vivir que brotaba de una Iglesia salvada de la aniquilación y de una sociedad ilusionada con ganar el futuro”<sup>130</sup>. La concesión del Premio a De la Cierva provocó fuertes críticas del historiador democristiano Javier Tusell y del ministro de socialista de Justicia En-

<sup>129</sup> DE LA CIERVA, R.: *La derecha sin remedio (1801-1987). De la prisión de Jovellanos al martirio de Fraga*, Barcelona, Plaza y Janés, 1987, pp. 403.

<sup>130</sup> DE LA CIERVA, R.: *1939. Agonía y victoria (El protocolo 277)*, Barcelona, Planeta, 1989, p. 338.

rique Múgica, que calificaron el libro de abiertamente profranquista, “neofascista” e incluso “neonazi”<sup>131</sup>.

La estrella del historiador madrileño palideció por completo. Cuando los conservadores españoles retornaron, ya de forma irreversible, sobre todo a la llegada de José María Aznar López a la dirección del Partido Popular, a lo que he denominado la tradición liberal-conservadora<sup>132</sup>, nadie recurrió ya a los servicios del Ricardo de la Cierva. Lo hicieron a Miguel Artola, Jover, Seco Serrano, Juan Pablo Fusi, Carlos Dardé, José Varela Ortega, etc<sup>133</sup>. Y lo mismo ocurrió cuando la editorial Rialp publicó, bajo la dirección de José Andrés Gallego, la *Historia de España y América*.

Ricardo de la Cierva se quedó literalmente solo, sin aliados, ni discípulos. Buena prueba de ello fue el contenido de su alucinante novela histórica *Decamerón 90. Cien figuraciones escabrosas de la Transición*, en cuyas páginas se ofrecían una serie de retratos satíricos de algunos representantes de la historiografía española: “Putell” (Javier Tusell), “Guadalajara Novillo” (Cuenca Toribio), “Pompón de Pana” (Tuñón de Lara), “Mojado” (Seco), etc<sup>134</sup>. La mayoría le ignoraron. Según todos los testimonios, su cátedra de Alcalá de Henares era de las menos frecuentadas; y significativamente cuando solicitó, tras su jubilación, una plaza de profesor emérito, le fue rechazada.

Finalmente, De la Cierva rompió con las editoriales Planeta y Plaza y Janés, a las que acusó de censurar sus libros<sup>135</sup>; y fundó su propia editorial *Fénix*, en la que reeditó la mayoría de sus libros. Especialmente polémico fue su libro *Carrillo miente*, en cuyas páginas acusaba al dirigente comunista de ser el responsable de la matanza de Paracuellos del Jarama, donde había muerto su padre<sup>136</sup>. Y se identificó con Pío Moa y César Vidal<sup>137</sup>.

Ricardo de la Cierva falleció el 19 de noviembre de 2015. La prensa no fue excesivamente benevolente en sus necrológicas. *El País* se limitó a denominarlo “historiador franquista”, lo que tenía un profundo sesgo peyorativo<sup>138</sup>.

<sup>131</sup> Véase VILA-SANJUÁN, S.: *Pasando página. Autores y editores de la España democrática*, Barcelona, Destino, 2003, pp. 570-571. *ABC*, 16-II-1989.

<sup>132</sup> GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: “El retorno de la tradición liberal-conservadora”, *Ayer* nº 22 (1996), pp. 71-89.

<sup>133</sup> Véase GORTÁZAR ECHEVARRÍA, G. (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid, Noésis, 1995.

<sup>134</sup> DE LA CIERVA, R.: *Decamerón 90. Cien figuraciones escabrosas de la Transición*, Barcelona, Plaza y Janés, 1988.

<sup>135</sup> DE LA CIERVA, R.: *Los años mentidos*, Madrid, Fénix, 2008, pp. 13-15.

<sup>136</sup> DE LA CIERVA, R.: *Carrillo miente: 156 documentos contra 103 falsedades*, Madrid, Fénix, 1994.

<sup>137</sup> DE LA CIERVA, R.: *Historia actualizada de la II República y la guerra civil*. Madrid, Fénix, 2003, pp. 1161-1162.

<sup>138</sup> *El País*, 20-XI-2015.

## Conclusión

Según puede deducirse de nuestra exposición, la obra de Ricardo de la Cierva, con las salvedades a que luego haremos referencia, ha sido escasamente fecunda. Y no puede ser considerado como un clásico de nuestra historiografía. Su producción se encuentra circunscrita a un contexto muy determinado de la vida cultural, política y social de nuestro país; y es incapaz de trascenderlo. Su falta de sistematismo, las insuficiencias en la argumentación, los zigzagueos y las contradicciones internas, el presentismo, y, en general, la ausencia de *ethos* científico, independientemente de la mayor o menor verosimilitud o plausibilidad de algunas interpretaciones e hipótesis, explican, por sí solos, su marginación final. Y es que, en el fondo, su evidente ambición política se impuso, sin duda, a su vocación intelectual e historiográfica. El impacto de su obra entre las jóvenes generaciones universitarias fue prácticamente nulo. La mayoría, y hablo por experiencia propia, se encontraba influido por el marxismo de Tuñón de Lara. De la Cierva nunca se preocupó por crear una red universitaria de recepción y aprendizaje o apoyo; mucho menos una escuela. Fue, además, un historiador ajeno al mundo exterior, que desconoció las aportaciones de la escuela revisionista italiana de Renzo de Felice, al igual que las obras de François Furet, George L. Mosse o Ernst Nolte. Básicamente, fue un vulgarizador de la Historia y, sobre todo, un polemista. Brilló como analista político, sobre todo en los primeros momentos de la transición. Sin duda, fracasó como aspirante a intelectual orgánico de unas elites políticas y sociales que, en el fondo, desprecian la figura del intelectual. De su obra nos queda quizá el estímulo de centenares de opiniones inteligentes sobre la política española contemporánea. Y sus biografías del general Franco. ¿Fue franquista Ricardo de la Cierva?. Sin duda; pero lo fue de una manera muy distinta a la de Blas Piñar, José Antonio Girón e incluso de Gonzalo Fernández de la Mora. A diferencia de éstos, nunca creyó en la viabilidad de un franquismo sin Franco o en la virtualidad histórico-política de sus instituciones. Y no se equivocó. Su franquismo consistió en la adhesión a una serie de valores sociales y políticos y, sobre todo, a la figura del general Franco. En ese sentido, las aportaciones de sus biografías del dictador, de las que, como hemos visto, no estaban ausentes fuertes críticas al régimen nacido de la guerra civil, pueden ser todavía tomadas en serio, al menos en ciertos juicios o hipótesis. Y es que no poseemos aún una biografía clásica, solvente, sobre la figura de Franco, análoga, por ejemplo, a la que Renzo de Felice dedicó a Mussolini. La historiografía española no parece todavía haber tomado en serio su figura. Craso error. Y es que, como dijo el poeta Jaime Gil de Biedma –todo lo contrario de un franquista– en 1965: “No vale decir, como dicen algunos frívolos, que Franco es simplemente un individuo grotesco, que tiene buena suerte, porque eso no es más que la versión invertida de la imagen de Franco, hombre providencial, difundida por la propaganda. ¿Puede, en efecto,

imaginarse nada más providencial que veinticinco años de buena suerte? Veinticinco años son muchos años. España y los españoles han cambiado, y aunque forzosamente hubieran cambiado también sin Franco, el hecho es que han cambiado con él. De la España que Franco deje han de partir quienes vengan, cuando él acabe, no de ninguna anterior”<sup>139</sup>.

Por ello, Ricardo de la Cierva, por encima de todos sus errores, sus oportunismos, sus egolatrías y sus insuficiencias, todavía puede servir como referente historiográfico. Sencillamente, porque, a diferencia de otros, se tomó en serio la figura del dictador, cuya biografía sigue siendo una de las principales asignaturas pendientes de nuestra historiografía contemporánea.

<sup>139</sup> GIL DE BIEDMA, J.: “Carta de España (o todo era Nochevieja en nuestra literatura al comenzar 1965)”, en *El pie de la letra. Ensayos completos*, Barcelona, Seix Barral, 2017, p. 280.